

Transmisiones generacionales y luchas de sentido

SUSANA KAUFMAN

En el final de un bellissimo cuento llamado *La memoria como resistencia*, Elie Wiesel¹ (1) sentencia y propone que entre todas las luchas y conquistas para enfrentar los males de humanidad: “se puede tomar a un niño de la mano, pasear con él y decirle: ven te voy a contar una historia”. Un desafío que ilumina la transmisión como camino posible, la narrativa como construcción y la historia como fuente. Un pasaje que más allá de la meta ética que enuncia, plantea el tema de la transmisión generacional y abre a interrogaciones sobre procesos y dinámicas en la circulación de relatos, mandatos, pertenencias y capital cultural entre generaciones.

La transmisión como proceso abarca planos y escenarios diferentes, todos ellos complejos y donde las miradas teóricas y las implicaciones ideológicas se ponen a prueba al tratar de dilucidar el sentido y los caminos no previsible que las narrativas toman cuando se trata de entender al sujeto en su espacio de experiencias vitales y a la relación entre un presente desde el cual se reconstruye la historia y los hechos determinantes del pasado. Se trata de inscripciones subjetivas, prácticas sociales y la gestión de discursos que crean y se recrean en los lazos sociales entre jóvenes y mayores dando entidad al enlace generacional.

En lo relativo a la reconstrucción de pasados marcados por violencias sociopolíticas y a su comprensión, el proceso de transmisión de relatos y memorias, en países como el nuestro y los de la región, estará atravesado por fracturas narrativas devenidas de los efectos y de los duelos irresueltos a causa de esas violencias y de sus marcas desubjetivizantes para las genera-

¹ E. Wiesel (2001) *D'où viens-tu?*, Editions du Seuil, Paris.

ciones protagonistas y para sus sucesores. Transmisiones que a veces han podido expresarse, que han tenido acceso a las palabras, y otras a las que la violencia se las arrebató y en consecuencia vació de narrativas posibles y en las que se produjo un doble quiebre, el de lo irrecuperable de la experiencia y el de su sentido.

La transmisión funda pertenencias, y recrea tradiciones, nos hace sujetos de determinaciones históricas y de significaciones que hemos recibido, y sobre las que nos interrogamos para entender, explicar o interpelar nuestro presente. Las preguntas recurrentes acerca del origen e historias vividas por las generaciones precedentes producen repeticiones y desafíos frente a lo dado como parte de las construcciones de sentido, de la constitución subjetiva y de la búsqueda creativa de espacios vitales de los más jóvenes y de sus proyectos de futuro.

Me refiero al proceso de construcción de identidades en su doble entidad, tanto en lo referido a lo singular de la inscripción subjetiva como a la comprensión de la alteridad. La *Identidad* describe algo ligado al núcleo mismo de lo personal-subjetivo como al núcleo de la cultura. Una dialéctica que funda la vida en común y que nos constituye como sujetos. Y que incluye la creación de sentido dando veracidad a representaciones, a creencias y a prácticas sociales. Abarca las estructuraciones de significación e interpretación de vivencias que desde el primer momento de la vida exponen al sujeto a un mundo cuyos códigos deberá dominar para entrar en el universo del sentido y de la experiencia.

Entre lo nuevo y lo viejo, entre lo recibido y lo apropiado, lo singular de una generación al ser dado a otra revertirá versiones y creará otras en la que segmentos de la historia y nuevos sentidos se combinan. Y esto desafía voluntades perpetuadoras y viejas determinaciones que estallan en narrativas sujetas a un presente marcado por la realidad vigente y por los imaginarios de actualidad. Reinscripciones y transformaciones constantes en que cada generación construye sus referentes de identidad y sus relatos inscribiéndose en la continuidad generacional. Desde esta perspectiva, en la transmisión hay reproducción experiencial e histórica, resignificación y creatividad en que ideales de época abren a nuevas identidades y concepciones

del mundo. Un eslabonamiento que se hace posible a través de la conexión entre subjetividades, discursos compartidos, y significaciones que cada sujeto acomoda en su mundo de representaciones singulares y en sus deseos. Desde ellas la historia individual construye sentidos, caminos y relatos de identidad, pertenencias e inserción social.

La transmisión no es un terreno llano ni marcado por voluntades, para quienes intervienen en su dinámica, incluye intrigas y silencios, experiencias que no pudieron ser manifestadas o compartidas entre quienes comparten la vida en común, padres e hijos, por ejemplo. También ocurre esto en otros ámbitos de transmisión como la escuela por estar sujeta a versiones hegemónicas de discursos vigentes y políticamente determinados. Estos silencios y quiebres comunicativos y vinculares muestran sus huellas en huecos de significaciones tanto grupales como individuales.

Con estas rupturas semánticas y comunicativas me refiero a las consecuencias traumáticas de violencias sociales, en forma de padecimientos individuales y comunales. Sufrimientos que se constituyen expresión personal y en marca de tiempos sociales. Lo que se escenifica tanto en ámbitos públicos y en las políticas del silencio, de la mano de voluntades que manipulan la memoria social con versiones dominantes, como en el plano individual con formas sintomáticas de sufrimientos y patologías persistentes, que al no encontrar canales sociales para su expresión multiplican clausuras y reparaciones psíquicas. Un campo que la investigación psicológica y psicoanalítica ha trabajado en cuanto a sus dinámicas y en sus patologías. Estudios que estallaron a partir de guerras, exilios forzosos y campos de exterminio y diferentes formas de represión sistematizadas.

Escenarios y vínculos de transmisión

Jóvenes y mayores entrelazan temporalidades y experiencias que se articulan en narrativas y lo hacen en distintos escenarios o ámbitos. El ámbito familiar remite a lo íntimo, a lo privado, a las relaciones de cuidado y crianza, a las dinámicas vinculares entre padres e hijos, y a la historia familiar en sus mitos e imaginarios. En la infancia los padres y otros adultos que pertenecen a la esfera afectiva son los garantes del cuidado y los trans-

misores de relatos, saberes y mitos de fundación para la constitución subjetiva. Bajo esas miradas, bajo esas palabras y determinaciones históricas y de época, las nuevas generaciones se posicionan en lo que de repetición y de creatividad tiene la vida humana. Un origen que inaugura y construye en alteridad dando resguardo a las vicisitudes psíquicas y a los procesos simbólicos que el lenguaje y la experiencia pondrán en escena frente a las lógicas sociales transmitidas a través de códigos y del capital cultural.

En la adolescencia y la juventud es ese mundo de garantías infantiles y de los nuevos espacios los que sostienen los procesos de diferenciación y confrontaciones para la estructuración de deseos, proyectos y horizontes de sentidos. Los ideales y promesas de la infancia suelen ponerse a prueba en esta etapa.

Como parte del eslabonamiento generacional, la mirada curiosa de los jóvenes al escuchar narrativas sobre personajes y circunstancias contingentes del tiempo pasado convierten esas historias en imaginarios de época y a la vez en figuras de identificación, que de manera reconocible o silenciada, configuran parte de las tensiones entre lo legado y lo que se apropia y reinterpreta.

En este sentido los grandes relatos, los testimonios, la lectura u otros géneros discursivos son decisivos en las lógicas grupales y en la imaginación adolescente y juvenil. También lo son los emblemas, ropajes o ideas como parte de los imaginarios éticos y estéticos. La idealización de líderes o personajes, aún de signos muy opuestos se convierten en iconos o héroes. Mistificaciones o rechazo que, siempre en voltaje extremo, pueden llevar a identificaciones masivas.

Un campo esencial en la constitución y sostén de la identidad de los jóvenes es la ideología, un horizonte de creencias y discursos, que acomodan deseos e ilusiones, que se convierten en núcleos significantes de concepciones para armar cosmovisiones y verdades que construyen idearios para imaginar cambios y perspectivas emancipatorias desde las cuales los jóvenes fundan lugares y gestiones personales y comunitarias. Momento vital y conceptos como crítica y conciencia social en general confluyen y el par binario ilusión / desilusión toma escena radicalizada.

La ideología –noción que requeriría un examen exhaustivo en el campo de las concepciones intelectuales– se refiere aquí a un conjunto de sistemas de interpretaciones que operan en forma de percepciones del mundo y que son relevantes para los grupos que las producen y para la distribución del poder.

Sin duda el interés por el espacio público, la ideología, la política, la militancia y las formas de nucleamiento se convierten en claves de la integración y conquista identitaria.

Pero no se trata sólo de un campo sublimatorio que repara las incompletudes del mundo interno, se trata de una entrada al mundo social constituido en sus claves establecidas, que plantean desafíos y que convierte a los jóvenes en una doble figura: la dorada esperanza de cambio generacional, y al mismo tiempo el grupo más vulnerable para las determinaciones del campo productivo e institucional.

Desde esta mirada, la gestión política puede brindar un lugar de acceso y dominio de la escena pública, implementa crítica, gestión e ideales y filosofías de cambio. Y la práctica de militancia garantiza en la grupalidad pertenencias, ofrece modelos de nucleamiento, eficacias políticas e ideales encarnados. Una grupalidad con reglas, códigos, contención y policiamiento adquirido, en que ideas y valor toman la fuerza del yo del conjunto.

Es indudable que las nuevas generaciones están involucradas en sus propios campos de intereses y en las determinaciones que la época impone. Y para incluir una perspectiva en nuestros países: la violencia trae la dimensión del miedo como parte de la participación en la vida pública y en la idea de política que se transmite en países con pasados violentos y con tanto miedo vivido. Desafíos y fantasmas se ponen a prueba en épocas de políticas represivas y discursos centrados en el control autoritario, en que violencias y estrategias amenazantes tienen entre sus objetivos fracturar al sujeto, romper con la capacidad crítica y someter en miedo y terror a la condición de pasividad y vulnerabilidad. La herencia de miedos y terrores puede producir subjetividades amenazadas o aplastadas.

El intercambio generacional plantea controversias y dilemas si se trata de revisar el pasado, y poner a los más grandes en la mira de los más jóvenes.

Muchos interrogantes y puntos dilemáticos se plantean en este intercambio. Y diálogos posibles e imposibles. Luchas entre sentidos a crear o a perpetuar, entre palabras y silencios. Un desafío para los que se propongan revisar el pasado en Argentina, en términos de pensar la mirada crítica frente a saberes consagrados, hegemónicos o estatificados. Y visitar la historia desde una perspectiva crítica que se repregunte por la ideología y las prácticas políticas y los sentidos de militancia de los setenta, no solo en sus consecuencias dolorosas o en la victimización, sino en sus herencias políticas. Y sobre todo en los horizontes de la política como forma de mediación en los conflictos sociales.

Una tarea que varias generaciones venimos compartiendo en experiencias de transmisión de relatos y memorias acerca de la dictadura argentina. Discursos y dilemas que transitan en las políticas de la memoria, en versiones y determinismos que plantean sus luchas en diferentes escenarios íntimos y públicos. Un debate que comenzó en el final de los setenta al reguardo de entornos privados y protegidos y que se abrió y tomó la esfera pública en las décadas siguientes y sigue vigente en toda la gama de interpretaciones tanto perpetuadoras como críticas.

No cabe duda de que el diálogo y la necesaria revisión de los años de la dictadura es difícil, por el dolor de las víctimas y los duelos irresueltos, por la violencia irreparable del terrorismo de estado y por que, en algunos casos, los propios actores de esos años, resisten esa revisión pues parece amenazar pertenencias e ilusiones que en las tramas de transmisión reproducen más clausuras de sentidos que interrogaciones y aperturas.

En el debate acerca del pasado, me pregunto acerca de la persistencia de un tipo de relato muy cerrado marcado por los silencios e imposibilidades de recuerdo por parte de los que ocuparon el centro de la escena en los setenta. Se suman a esta compleja red el silencio de los descendientes que no preguntan sobre la historia personal de los involucrados y de los que murieron. Tampoco se abrieron preguntas sobre sus proyectos políticos. Una primera mirada que surge de mi observación, revela en esos silencios las marcas traumáticas en miedos y terrores transmitidos que parecen bloquear la curiosidad y el acceso a la historia de las tensiones y luchas de esa

época. Y otra mirada incluye la voluntad política de sostener el pasado intacto.

En el armado de memorias existe un enlace permanente entre las experiencias de transmisión privadas y la vigencia de versiones que la memoria social construye. El espacio de lo íntimo refleja y recrea narrativas colectivas sobre el pasado y reformula las interpretaciones privadas sosteniendo una dialéctica permanente entre lo privado y lo público.